La crónica desde un sujeto femenino marginal: *Dos veces única* de Elena Poniatowska

Diana Isabel Hernández Juárez
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Alma Guadalupe Corona Pérez
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Ser mujer en un país latinoamericano, ubicado dentro de un contexto conservador predominantemente machista, misógino e hipócrita, conlleva enormes desventajas y marcas dolorosas, sobresaliendo: marginación, maltrato, violencia, asesinato, invisibilidad, ignorancia, explotación, anulación y un sin fin de prejuicios en contra. Frente a esta situación emergen mujeres que trabajan diariamente para recuperar, tanto la voz que les ha sido negada, como el protagonismo que han tenido en los grandes acontecimientos y luchas sociales de sus pueblos.

Desde esa marginación culturalmente impuesta, Elena Poniatowska ha dedicado su trabajo periodístico y literario a rescatar la historia de mujeres de diferentes épocas y clases sociales, quienes coinciden en su determinación por ganar un trato humano y de respeto. De entre esa multitud de voces emerge la de Guadalupe Marín Preciado (1895-1981), singular mujer mexicana que rompió con los estereotipos y circunstancias de su época. Casada legítimamente, primero con el famoso pintor Diego Rivera con quien procreó dos hijas, después de cinco años de matrimonio con Diego, sobrevino la ruptura. Casó, en segundas nupcias con el no menos importante escritor Jorge Cuesta. Lupe sobresalió por su belleza e inteligencia, factores que contribuyeron a llevar una intensa vida social y cultural, relacionándola con la intelectualidad mexicana. Escribió dos novelas: *Un día patrio* y *La única* (1938) con características de autobiografía. Su historia de vida ha sido ficcionalizada por Poniatowska mediante un largo y exhaustivo trabajo de investigación que se publicó convertido en novela en el año 2015, con el sugestivo título de *Dos veces única*, con referencia al título de la novela escrita por Marín.

Este análisis está orientado hacia la caracterización de Lupe Marín como personaje femenino histórico, que delinea una nueva forma de encararla dentro del universo de mujeres que Poniatowska ha recreado a lo largo de su carrera y que ya venía trabajando en su propuesta literaria finisecular, derivada de la construcción de un registro lingüístico híbrido colocado entre lo periodístico, lo histórico y lo literario. Crónica y novela plantean, a lo largo de esta narración, un universo fictivo, único, dentro del cual se desarrolla con complejidad un discurso femenino en México.

1 Elena Poniatowska: un largo trabajo escriturario femenino en México

De *Lilus Kikus* (1954) a *Dos veces única* (2015), Elena Poniatowska ha configurado una larga y amplia obra literaria que parte, básicamente, de los géneros periodísticos que la llevaron a ocupar el sitio del que hoy goza: crónica, entrevista, biografía y reportaje, respectivamente, para posteriormente, a base de trabajo y experimentación, hibridar su propuesta con dos géneros literarios fundamentales: la narrativa y la poesía. Su escritura aporta, al mismo tiempo, el manejo de un registro histórico, social, cultural mexicano y latinoamericano, con toda su viveza, fuerza, pasión y violencia. A lo largo de 61 años, Elena se erige como la propietaria de una vasta obra integrada por un total de cincuenta y seis libros, mismos que se ocupan, desde el horizonte de la narrativa hasta el ensayo, desde la poesía, el teatro y las escrituras del yo, donde están incluidas las biografías; sin abandonar en ningún momento los géneros de su origen profesional: el reportaje, el testimonio, la crónica y una gran cantidad de trabajos periodísticos publicados en diarios y revistas de México, España y otros países.

En la década de los setenta, Elena recorrió las universidades del país, con *La noche de Tlatelolco* (1970) bajo el brazo, como genuina y comprometida periodista, se dedicó a presentar uno de los libros más completos que, como bitácora pionera, documentó, en esos tiempos y hoy, una de las etapas más efervescentes del movimiento estudiantil en América Latina. Cabe remarcar que en esos días eran muy pocas las periodistas que, críticamente, contaban con valor, coraje y espacios suficientes para documentar y describir los funestos acontecimientos del ‘68. Las voces femeninas que participaron de este testimonio escrito fueron, principalmente, las de las madres que perdieron a sus hijos y las de algunas de las participantes en el movimiento estudiantil que, de manera contestataria y transgresora, se integraron a las marchas y mítines, como incipientes dirigentes o como simples presencias anónimas. Voces que, al manifestarse, se “abrieron” en dos exponiéndose, haciendo pública su intimidad, ya desde el dolor, ya desde la impotencia frente a los acontecimientos.

2 La suma del relato con la entrevista y el testimonio fotográfico fueron, en el pasado, atisbos de lo que hoy es la obra de Poniatowska.

Como autora desarrolla una escritura en la que se combinan realidad y ficción. A partir del trabajo de investigación periodística, recupera historias de personajes hilvanados con recuerdos, anécdotas, relatos y documentos, ella misma lo manifiesta en “El México de Lupe Marín” que sirve de Introducción a *Dos veces única*, objeto de estudio de

este artículo: "Años después, al ver la cantidad de material, decidí escribir una novela sobre ese México [...]" (10). Poniatowska describe lo que rodea a sus personajes y, al mismo tiempo, explora con detenimiento los sentimientos y pensamientos de sus protagonistas, sobre todo de las mujeres que desde su marginación expresan su inconformidad y la oscuridad de su interior, resulta así, la construcción de un espacio femenino que convierte lo privado en dolorosamente público, tal y como sucede con Jesusa Palancares la protagonista de *Hasta no verte Jesús mío* (1969), tiempo después, es con Lupe Marín donde se percibe una descripción madura, capaz de trasladar a sus lectores a presenciar el debate interno de una mujer que parecía tener todo en la vida pero sus encuentros y desencuentros hicieron que su suerte diera vueltas inesperadas. Poniatowska conjuga una narrativa sensible, de mujer a mujer, en la que impera una enunciación femenina, misma que produce textos diferentes, de tesituras insólitas, ya que logra conjugar lo cotidiano con lo ordinario y hasta lo extraordinario en una misma narración. No puede dejarse a un lado que son las voces femeninas las encargadas de protagonizar y matizar cada línea de su obra eclipsando, hasta cierto punto, a las voces masculinas.

3 Elena, hoy

La *Dos veces única* fue Guadalupe Marín, conocida en la novela, simplemente como "Lupe Marín", aunque Diego Rivera la llamaba de diversas maneras: "prieta mula"[1]. Posteriormente le decían despectivamente "la vieja loca" de Jorge Cuesta. Fue una atípica mujer que rompió con los estereotipos de una sociedad patriarcal, acostumbrada a silenciar y dominar a las mujeres. La radiografía de Lupe Marín propuesta por Poniatowska, la coloca como una mujer muy bella pero violenta, dominante, salvaje, masculina, escandalosa, fuerza brutal de la naturaleza, encarnación del México bronco, seductora, inteligente, vengativa, independiente, mala madre. Era una simbólica Coatlicue: diosa de la fertilidad, patrona de la vida y de la muerte.

Poniatowska construyó esta novela con base en las entrevistas que realizó a veinticinco personas que vivieron y orbitaron alrededor de Lupe Marín; también la entrevistó a ella en el año de 1976. Adicionalmente, efectuó una profunda arqueología de datos, recopilación de documentos, periódicos, testimonios, volantes, cartas y escritos íntimos, con los que, desde la disciplina periodística, elaboró una narración emotiva, apasionada e intensa, que permite a los lectores ser testigos de esa etapa histórica en que la sociedad y el gobierno buscaban, a veces sincronizados, otras confrontados y la más por separado, dar identidad nacional a México. En ese afán, nos encontramos con la reivindicación de seres marginales: campesinos, obreros, trabajadores, vendedores y mujeres, al mismo tiempo que ocurre la mitificación de personajes, como el propio Diego Rivera y Frida Kahlo.

[1] En México es común que los hombres llamen a sus esposas con alias "cariñosos" que en realidad son términos despectivos tales como: gorda, chaparra, flaca, vieja, negra, prieta, etcétera. Se trata de una costumbre que más bien normaliza la violencia verbal, sobajando de manera sutil, velada y cotidiana la autoestima de las mujeres. Diego Rivera llamaba a Lupe Marín "Prieta mula", ambas palabras tienen una connotación negativa: prieta significa de piel oscura o morena, palabras que generalmente se usan como una expresión racista y discriminatoria. Mientras que mula es un animal de carga, cruza de caballo y burra, fuerte y vigorosa, pero corriente y bruta. Así tenemos con ambas palabras una expresión de cariño ofensivo.

La primera parte del libro constituye una narración costumbrista que, por momentos, se convierte en una antesala predecible: "Desde la conquista México reparte los colores del sol. A los conquistadores los deslumbró el rojo, el azul, el ocre. Guanajuato, la tierra de Diego, es ocre y oro" (43). La minuciosa descripción de paisajes y la frenética búsqueda de la identidad en ese México post revolucionario se torna un tanto aburrida y cae en la temática ya agotada por otros autores que describieron ese periodo muchos años antes, como Juan Rulfo, Martín Luis Guzmán, Mariano Azuela y Nellie Campobello, entre otros.

Sin embargo, en la segunda parte de la novela se desatan los demonios, o mejor dicho, se libera la diabla de Lupe Marín, quien igual tunde a golpes al gigantón Diego Rivera, que humilla verbal y físicamente al poeta Jorge Cuesta. A través de esta segunda parte es posible redimensionar a la primera, por contraste, nada en Poniatowska es casual, esto se deriva, en parte, por su formación como periodista consciente de su objetivo al preparar a sus lectores con una narración, al inicio 'tradicional'y posteriormente contestataria, su experiencia en el mundo de las letras asoma al tomar la decisión de construir de esta forma una novela que podemos considerar de su madurez como escritora.

La irrupción violenta de Lupe fue un enorme desafío para la sociedad de su época. Estamos hablando del periodo comprendido de 1920 a 1930, etapa en la que el México modernista, un país convulsionado, estaba tratando de reconstruirse, pero seguía lleno de prejuicios y atavismos. Era un tiempo en el que las mujeres no tenían derecho a nada, su gran misión era procrear y servir a sus maridos, en el mejor de los casos. En ese añoso pasado, las mujeres eran propiedad de sus esposos, quienes podían hacer con ellas lo que quisieran, desde golpearlas hasta matarlas, en caso de que cometieran alguna infidelidad, o por cualquier otro pretexto, o incluso, sin él. Esas lamentables condiciones corresponden a lo que María Milagros Rivera Garretas sintetiza de los estudios feministas desde el marxismo crítico como "la explotación de las mujeres por los hombres"[2], situación que impera en toda sociedad patriarcal.

Por ello resulta inesperado que Guadalupe se rebelara, física y verbalmente a su marido, y no sólo eso, sino que le gritara y hasta lo golpeara, incluso que tuviera el atrevimiento de planear matarlo, pues celosa pide ayuda a su amiga Concha Michel, quien irónica le responde: "Si matamos a Diego por infiel, tendríamos que despacharnos a todos los hombres" (66). Esta respuesta denota la libertad sexual permitida al género masculino, mientras que a la mujer se le condiciona a la monogamia. Poniatowska construye su personaje femenino central de esta manera por una necesidad elemental de emancipación en un momento en el que México requiere ser en todos sentidos, esta es la propuesta literaria, activa hasta hoy, que se inserta en consonancia con el perfil de identidad deseado por una escritora que tiene una visión femenina de la Historia, es la lectura del mundo de una creadora que es, al mismo tiempo, cronista de su tiempo. Pudo elegir a Frida Kahlo, con su sensibilidad y dolor para, a través de ella, retratar a un México doliente, sin embargo, es una mujer dominante como Lupe la

[2]En el libro *Nombrar el mundo en femenino* (2003), María Milagros Rivera Garretas realiza un extenso recuento histórico de la condición de opresión de las mujeres y la evolución de los estudios feministas. La revisión parte desde el marxismo crítico, el materialismo histórico, el feminismo materialista y la revolución neolítica, que Engels describió como "la gran derrota histórica del sexo femenino." (92)

que le sirve de paradigma para fundamentar su propuesta literaria en *Dos veces única.* Sin embargo, parte medular de la obra de Elena se fundamenta en el rescate de voces femeninas que, de una u otra manera, permanecen inéditas, pese a su incuestionable notoriedad.

Marcela Lagarde, en su libro *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas* (2005), analiza la condición subordinada del género femenino: "Las mujeres están cautivas en varios sentidos: porque están faltas de la libertad que tienen los hombres. Porque en ese cautiverio los hombres, supuestos pares humanos de las mujeres, ejercen su poder como dominio sobre ellas" (162). Sin embargo, la protagonista de esta novela se niega de forma agresiva a asumir tal condición.

"¿Qué tan inesperado puede ser un ser humano? ¿Qué tan distinto a sí mismo? Lupe se renueva cada día, como la vida, [...]" (69), Poniatowska configura un personaje sumamente complejo, poderoso y, sólo en apariencia, irregular y caótico. Desde la mujer real reconstruye y re-lee las estructuras simbólicas que han influido en la concepción del género femenino, lo cual se inscribe plenamente dentro del denominado feminismo literario, es decir, las teorías enfocadas a la disquisición del ser femenino en la literatura.

Destaca también el papel de Lupe Marín como mujer rebelde, madre insumisa, artista y protagonista del mundo cultural de México en la época de *Los Contemporáneos*, un selecto grupo de intelectuales y artistas liderados por el poeta Salvador Novo, que aspiraban a lograr la modernización del país a través de la cultura europea, imitando modelos y formas de vida francesas, abominando de todo lo que implicara el folclorismo mexicano, particularmente aquel inculcado desde las instituciones.

Ese principio de acción creativa y social de los Contemporáneos es el origen de disputas encarnizadas con otros artistas e intelectuales de la época, como los muralistas Diego Rivera, José Clemente Orozco y Rufino Tamayo, quienes basaban la esencia de su obra en el ensalzamiento, hasta niveles de oda, de las raíces indígenas, la cultura popular y la lucha de clases, casi siempre con patrocinio del Estado, acción totalmente acorde con el principio que buscaba la conformación de una identidad enclavada en el pasado más arcaico mesoamericano.

En medio de esas reyertas culturales, las mujeres eran ignoradas hasta el punto de la invisibilidad. La figura monopólica que dentro y fuera de México tiene Frida Kahlo, actualmente considerada símbolo máximo del arte mexicano, todavía no se apropiaba de la relevancia que hoy tiene. Mucho menos eran tomadas en cuenta otras figuras femeninas relevantes, como Lupe Marín, pese al destacado papel que desarrolló, a manera de eslabón, logrando vincular a la pintura con la literatura sólo a través de su presencia y relación con ambos grupos de artistas, tanto a nivel creativo, como humano, vale señalar que se casó con dos de sus más conspicuos representantes: Diego Rivera y Jorge Cuesta.

La Marín, de acuerdo con la novela, jamás se doblegó a sus maridos, sin importarle la fama, el poder o el dinero, ni el que hubiera procreado hijos con ambos. Sin embargo, Lupe fue, por largo tiempo, un personaje inexistente para la historia de México. Es

hasta la novela de Poniatowska, reconocida con el Premio Cervantes, que se conoce la vida y el protagonismo de esta mujer.

De acuerdo con la novela, Guadalupe fue quien conquistó al pintor cuando se conocieron, siendo ella, provinciana muy joven, él ya famoso artista plástico. Logra lo impensable: hacer que un comunista se casara por la iglesia. Grandota y hermosa, Lupe es propietaria de las armas suficientes para dominar sexual y culinariamente a Rivera. Lupe cocina de maravilla y lo tiene bien atendido en todos los sentidos.

Enamorado, Diego le pide a Lupe posar embarazada y desnuda para el mural que pinta en la capilla de Chapingo, le dice: "Eres la imagen perfecta de la tierra fecundada. Vas a representar la tierra, el agua, el fuego, el viento, la fuerza de la vida, [...]" (74). Esta frase contiene la decodificación del signo *mujer* con múltiples posibilidades, una de ellas es la propuesta por Julia Kristeva respecto a la configuración de las mujeres y su vínculo con lo sagrado, pero distinguiéndolo de lo religioso y dogmático: "[...] lo que se nos manifiesta como sagrado en la experiencia de una mujer es el vínculo imposible, y que sin embargo se mantiene, entre la vida y el sentido" (23).

Lupe Marín simboliza, en la pintura de Diego, a la tierra fértil, a la maternidad, a la naturaleza, a todas sus fuerzas y a la vida, en total consonancia con su nombre: el de la Virgen de Guadalupe, patrona de México, virgen embarazada dentro de la iconografía mariana. Pero esa misma mujer después va a representar lo contrario para Diego y todo aquel que se relacione con ella. El artista declara amar a su esposa, pero mucho más a su trabajo, de tal manera que, la relega a un segundo plano. La maternidad de sus dos hijas la somete y queda confinada al rol tradicional y añejo: la madre dedicada completamente a las hijas, mientras el padre crea, produce, trabaja, gana dinero, fama y colecciona amantes.

Frente a tal situación, en apariencia normal, Guadalupe se rebela y rompe con sus cautiverios: deja de ser la madre sumisa y dedicada para buscar otras formas de vida y realización. Descuida a las hijas, las maltrata y golpea, para ella educar es castigar, porque así fue educada ella y todas las mujeres de su familia. Corre a las niñas de su casa y les grita por la ventana: "¡Lárguense par de putas! ¡Lárguense con su abuela!", llegando a la violencia verbal y con ésta a la ruptura de la imagen de la madre abnegada.

Guadalupe asume características masculinas en su forma de actuar, hablar y vivir. Es más fuerte que sus maridos y los demás hombres que la rodean, tanto en carácter como físicamente. Le gusta estar rodeada de hombres, parrandear, emborracharse y llevar una intensa vida cultural y nocturna. Algo normal y socialmente aceptado para los hombres, pero de ninguna manera así para las mujeres. Cuando descubre las infidelidades de Diego lo golpea salvajemente:

> Lupe se le echa encima y Diego no alcanza a esquivar las patadas y los golpes a puño cerrado que se apagan en su vientre. En un momento dado tropieza con una silla y cae al suelo con toda su inmensa humanidad, y Lupe lo ayuda a levantarse solo para seguir golpeándolo. Pico, de tres años,

> suplica "No, no, no, mamá" [...] A Pico los jalones, golpes, cachetadas, puñetazos y patadas entre Diego y Lupe la marcarán toda su vida. (95)

La fuerza de su naturaleza la lleva a imponerse. Si Diego es un portento, ella trata de convertirse en un imán y lo logra al atraer a su alrededor a los Contemporáneos, quienes se pasan el tiempo en su casa charlando y comiendo, porque la Marín Rivera cocina delicioso. Esta característica, sin embargo, no representa una vuelta a la condición tradicional de la mujer como cocinera y al servicio de los hombres, ya que Lupe lo emplea como una forma de manipulación para ser el centro de atención de todo el grupo de intelectuales. En pocas palabras, la habilidad de Guadalupe se vincula con su inteligencia para romper con una larga tradición de sumisión sin perder, en su totalidad, con su femineidad, al contrario, la revitaliza y, al mismo tiempo consigue formular la propuesta de la re-escritura de lo femenino avasallador.

> Para los Contemporáneos, Diego es un gordo patriotero subido en un andamio. No es a él a quien buscan en Mixcalco sino a su mujer. Diego puede ausentarse hasta treinta y dos horas porque Lupe ya se acostumbró, y cuando regresa el enojo la convierte en eco de quienes lo fustigan [...] (83)

La estrecha amistad entre ella y los escritores ahonda el conflicto matrimonial. Diego sale de viaje a la Unión Soviética, sin el acuerdo de la mujer, quien furiosa da por terminado el matrimonio y al poco tiempo se deja enamorar por Jorge Cuesta. Para ella más importante que su familia, es "saberse deseada". Esta acción constituye otra ruptura con el esquema tradicional, en el que las mujeres están condicionadas para desarrollar su rol de madres, en un primer término, lo cual implica incluso la anulación de su sexualidad. Al respecto Marcela Lagarde explica:

> El cuerpo vivido es el espacio de cautiverio de la mujer como eje de su sexualidad es para los otros: las madres-esposas sintetizan el cautiverio del cuerpo en la maternidad (cuerpo procreador para los otros) y en la subsunción del erotismo (cuerpo para el placer erótico de los otros). (175)

Tal situación es aceptada y asumida dócilmente por la gran mayoría de las mujeres, porque durante siglos así han sido educadas. Empero Guadalupe hace lo contrario, prefiere volver a sentirse amada por otro hombre, que dar prioridad a su rol materno. Y es que según su argumentación, cómo no amar a un hombre que le escribe: "De cualquier manera toda mi vida es tuya, te lo juro. Si te casas conmigo, si vives conmigo, toda es tuya. Si ya no quieres nada conmigo, toda es tuya también. Jorge" (105).

Contra la oposición de toda la familia Cuesta Porte-Petit se casan, para desventura de los dos. El gran amor a distancia y en cartas, se transforma en fastidio cuando viven juntos. La mujer que tanto lo apasionaba, después lo harta. Tienen un hijo al que ella rechaza desde que nace. Esto confirma que Guadalupe Rivera no es maternal, al contrario. A las hijas las golpea, humilla y maltrata, pero con el hijo es peor, al

hijo lo odia, porque odia al padre. Tenemos entonces otra configuración del ser mujer, ser madre o ser una mujer con una identidad sexuada perfectamente bien asumida.

La bisexualidad, la homosexualidad o la diversidad sexual son otros temas constantes en esta que puede ser considerada como la novela más arriesgada y actual de Poniatowska. Jorge Cuesta amaba a Lupe al tiempo que mantenía una relación de amor-odio con Xavier Villaurrutia. Guadalupe estaba "enamorada de sí misma" y tenía una belleza masculina. Por su alta estatura, corpulencia y fuerte carácter, a veces le preguntaban ¿qué eres? A lo que agresiva respondía: "Soy más hombre que tú y más mujer que tu chingada madre" (212).

De acuerdo con Judith Butler en el libro *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"* (2002), la identificación del género sexual –según los principios de la heterosexualidad normada y obligatoria– debe estar bien definida y regulada, de lo contrario se convierte en prácticas anómalas, pervertidas, condenables y castigables para la sociedad, que siempre está tratando de regular y sancionar las conductas de los sujetos. Todo esto se pone en juego por parte de los personajes descritos.

La complejidad de los protagonistas y sus relaciones poco convencionales, provocan que la vida en pareja se convierta en una temporada en el infierno para Lupe y Jorge. Violencia verbal y física son la constante: "Jorge, tú eres una caja de hielo, congelas el pescado, la fruta y tu pito" (127). Reclama Lupe enojada por la indiferencia del poeta y enferma de "odio y rencor". Después de cuatro años, terminan separándose. La salud de Cuesta también se deteriora, por lo que en una crisis nerviosa toma un picahielo y trata de reventar sus testículos, ese intento de castración es en palabras del médico consecuencia de una "homosexualidad reprimida" (236). Internado en un manicomio Cuesta se suicida el 13 de agosto de 1942.

Desde el auténtico Jorge Cuesta al personaje recreado por Poniatowska podemos observar los problemas de una sexualidad castigada, reprimida y frustrada, que sufre el rechazo y la condena social por no sujetarse a esa heterosexualidad normada, que sólo define dos géneros: hombre y mujer. En la actualidad es posible observar una apertura diferente ante estos temas, colocar el acento en la diversidad sexual desde la ficción permite, incluso, que las sociedades tengan otra actitud frente a este y otros asuntos que en otras épocas fueron considerados como temas-tabú.

Es importante, para este análisis, retomar el título de la novela: *Dos veces única.* Al respecto, el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española define la palabra "única" como: singular, extraordinario, excelente, sola y sin otra de su especie. Tenemos entonces una contradicción, porque es "Dos veces única", se trata de un juego de palabras de la escritora con la protagonista, quien presumía de haber sido "la única" con la que el comunista Diego Rivera se casó por la iglesia, y "la única" esposa legal del poeta Jorge Cuesta, por eso era *Dos veces única.* Además, de que la misma Guadalupe escribió una novela que tituló *La única*, cuya portada tenía un dibujo hecho por Diego Rivera de las dos hermanas Marín: Lupe e Isabel sosteniendo en una charola la cabeza sacrificada de Jorge Cuesta.

La única fue considerada un fracaso, al respecto, no faltó quien la tuviera como mal escrita y la mayor acusación que recibió fue la de ser "una inmensa calumnia", que contribuyó a desatar el terrible pleito entre los contemporáneos y otros artistas de la época:

> De Salvador Novo circula La Diegada en volantes que sacan de quicio a Lupe. Novo es implacable. A Villaurrutia lo hace polvo porque se va con otro y pone en sus manos "con aroma de mujer" un soneto mortífero: "A una pequeña actriz tan diminuta / que es de los liliputos favorita / y que a todos el culo facilita: / ¿es exageración llamarle puta? / Por mucho que se diga y se discuta / ella es tan servicial, que cuanto cita / las vergas que recibe de visita / ornamenta con una cagarruta". A nadie perdona, todos temen su saña. Según Novo, el nombre de Lupe debe escribirse con caca y Diego es un consumado cabrón. "Es una infamia", llora Lupe. (216)

La narración se vuelve entonces vertiginosa y nos permite asomarnos a los infiernos de la élite cultural, a ver las virtudes intelectuales al servicio de la miseria humana y cómo los amigos pueden convertirse en los peores enemigos. Los Contemporáneos pedían "desmexicanizar a México" (87), mientras sus enemigos emprenden una campaña en su contra desde el periódico *Excélsior*, los llaman escritores afeminados que no tienen ningún compromiso con la realidad mexicana, sólo piensan en París. Fueron denostados por sus propuestas extranjerizantes. A Cuesta le dicen "el vizconde de Mirachueco" y a Salvador Novo lo nombran "Nalgador Sobo". Germán List Arzubide los califica de "¡Pandilla de vendepatrias!" (92).

Dejan de lado el debate intelectual para atacarse y enfrascarse en una guerra de inmundicias, que saca a relucir lo peor de cada uno. Ochenta años después, Carlos Monsiváis dijo que Novo se olvidó del refinamiento y se atuvo al "arte del insulto", mientras que Octavio Paz concluyó "Tuvo mucho talento y mucho veneno, pocas ideas y ninguna moral" (217).

Regresando al tema de las mujeres, Poniatowska se ocupa también de plantear la problemática de la educación de las mexicanas: "Hay que entender la psicología de las mexicanas; tú, por ejemplo, eres de las menos mexicanizadas, sin embargo, no has podido liberarte. Mira, tanto a la mexicana como a la guatemalteca les gusta sentirse víctimas. Ustedes se quejan del machismo pero son las que educan a sus hijos" (180), dice en labios del poeta Luis Cardoza y Aragón. Y va más allá al retomar un fragmento del ensayo "La mujer en las letras" de Jorge Cuesta:

> Poco ha ayudado al crédito de la mujer en las letras la exigencia social que ha pesado constantemente sobre su carácter: se le ha exigido siempre la sumisión y se le ha negado la capacidad de rebelarse. Las mujeres rebeldes han sido juzgadas masculinas, marimachos, infieles a su condición de mujeres. Y, puesto que el espíritu es una rebeldía, no se ha tolerado socialmente que existieran mujeres espirituales. Es común en la crítica y en la historia el sentimiento que considera a las mujeres que se distinguen por el espíritu, como poseedoras de un temperamento masculino. (194)

De esta manera, la autora despliega una posición crítica frente a las prácticas culturales, históricas y sociales que persisten en mantener el control y subordinación de las mujeres, con la complicidad inconsciente de otras mujeres que han sido aleccionadas para contribuir a la continuidad del sistema.

En la narrativa de Poniatowska encontramos un juego constante de hibridación y transformación, tanto de los discursos periodísticos y literarios, como de los diferentes lenguajes que, como posiciones frente al mundo, surgen desde un sujeto femenino marginado.

La posmodernidad defiende la hibridación de los discursos, así ocurre con la novela analizada, que parte de esa relación genérica intermedial, de los medios de comunicación, para proyectar el mundo en el texto a partir de un proceso intertextual. Todo ello desde la construcción del "yo narrativo", que se ubica desde "mi experiencia en el mundo". Configura con su escritura un discurso literario femenino, donde encontramos marcas expresivas determinadas por diversos contextos sociales, culturales y políticos, que operan desde la marginalidad, pero que con su incursión contribuyen a denotar el valor artístico de la obra periodística y literaria, aquí otro matiz de lo híbrido: el entrecruzamiento de los distintos géneros literarios, comprendidos estos a la manera tradicional aristotélica, que se suman a la intencionalidad comunicativa y social para reivindicar el protagonismo de una mujer incomprendida, maltratada y denostada como fue Guadalupe Marín. Subrayando que en la actualidad es prácticamente imposible encontrar géneros literarios puros.

Como dato curioso de esta novela, la autora menciona con insistencia el consumo habitual de drogas por varios de personajes. La protagonista remarca que no quiso a Frida Kahlo por "visionuda y marihuana". Y de Cuesta, menciona que lo más usual que consumía era marihuana, porque como químico experimentó con todo tipo de drogas, naturales y sintéticas. David Herbert Lawrence recomendó, en su momento, a Aldoux Huxley visitar a Cuesta por sus amplios conocimientos de la marihuana, el peyote, los hongos alucinógenos y hasta una sustancia precursora del LSD, por esa razón lo buscaban desde otras partes del mundo, según se refiere desde la investigación periodística. Adelantado de su época, Jorge Cuesta fue un pobre "Dios mineral", atormentado por la Coatlicue de Lupe Marín, *La única,* la *Dos veces única.*

Con este análisis dimos cuenta de un singular personaje dentro del universo de mujeres recreado por Elena Poniatowska, inscrito en el trabajo de rescate de auténticos sujetos femeninos, que al mismo tiempo que toman la palabra ejercen una lucha por romper con estereotipos y las condiciones de sometimiento a su género que ancestralmente les han sido impuestas. También advertimos la relevancia en la construcción de un registro lingüístico híbrido colocado entre lo periodístico, lo histórico y lo literario. Crónica y novela plantean, a lo largo de esta narración, un universo fictivo, único, dentro del cual se desarrolla con complejidad un nuevo discurso femenino en México.

Referencias documentales

Butler, Judith. *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del sexo.* Buenos Aires: Paidós, 2002. Impreso.

Erro-Peralta, Nora, Magdalena Maiz-Peña. *La palabra contra el silencio. Elena Poniatowska ante la crítica.* México: Era/ Universidad Nacional Autónoma de México, 2013. Impreso.

Kristeva, Julia, Catherine Clément. *Lo femenino y lo sagrado.* Madrid: Ediciones Cátedra, 2000. Impreso.

Lagarde y de los Ríos, Marcela. *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas.* México D.F.: UNAM, 2005. Impreso.

Palma Castro, Alejandro y otros. *Cuestiones al método. Atisbos a la crítica literaria.* México: BUAP/Afínita Editorial, 2013. Impreso.

Poniatowska, Elena. *Dos veces única.* México: Planeta, 2015. Impreso.

Poot Herrera, Sara. *Viento, galope de agua. Entre palabras Elena Poniatowska.* México. Editorial: Oro de la Noche Ediciones / UC-Mexicanistas, 2014. Impreso.

Rivera Garretas, María Milagros. *Nombrar el mundo en femenino.* Barcelona: Icaria, 2003. Impreso.